

BALANCE HISTORIOGRÁFICO. Reflejos en el medievalismo y en los medievalistas del cambio de una época: de un balance a un compromiso

Juan Francisco Jiménez Alcázar
Universidad de Murcia

“Los tiempos mudan las cosas y perfeccionan las artes”
Diálogo entre Comedia y Necesidad, *El rufián dichoso*, de Miguel de Cervantes

1. UN BALANCE

Es posible que se pueda discutir si nos encontramos inmersos en una época de cambios o en el cambio de una época. En otro lugar ya manifesté que me inclino por el segundo proceso¹ y, de esta manera, anuncio lo que se va a encontrar el lector en los párrafos que siguen. He querido iniciar con una cita cervantina que, como su autor, no deja de ser universal. Pocas ocasiones como el presente han sido tan paradigmáticas para mostrar lo que el transcurso del tiempo, en este caso de forma vertiginosa y en algún punto hasta precipitada, ha generado en el cambio y mutación del universo social y, por consecuencia, de su impronta tecnológica y cultural. Es innegable que, de cualquier modo, las profundas transformaciones sociales que se han producido en las últimas décadas, acompañadas de la irrupción de una tecnología digital que inunda muchas de nuestras facetas cotidianas, han repercutido en la forma que percibimos el entorno, tanto el presente más inmediato como, por lo que nos concierne, el pasado más lejano. Y no sólo es en cómo vemos lo que nos rodea, sino en la manera de expresar y comunicar esos mensajes, esos contenidos. En nuestro caso, tan básico es ver y observar como contar, relatar y narrar. El análisis, parte intrínseca y fundamental para el proceso de *hacer –escribir– Historia*, es el momento de todo el desarrollo más incuestionable e inmutable: las formas cambian, pero no el fondo del porqué de las cosas. Este balance no desea quedarse en una mera exposición de en qué estadio se encuentra hoy el medievalismo, y si cabe y por ser más certeros, los medievalistas; no tengo el objetivo de convertir estas páginas en una lista de créditos fríos y calculados

1 J. F. Jiménez Alcázar, “Cambio de época *versus* época de cambios. Medievalistas y nuevas tecnologías”, en G. Rodríguez y A. Vanina (eds.), *¿Qué implica ser medievalista? Práctica y reflexiones en torno al oficio del historiador*, vol. 1, Mar del Plata, Universidad Nacional Mar del Plata, 2012, pp. 39-52.

fruto de las aportaciones de profesionales a los que les ha interesado y preocupado, con causa justificada, la situación de la disciplina en estos momentos. La pretensión es la de abordar la actualidad de la materia desde una perspectiva de compromiso profesional. Qué sociedad vivimos. Qué nos demanda como historiadores en general y como medievalistas en particular. Qué le ofrecemos y, lo más importante, qué le podemos ofrecer para que ese *vapuleo* sistemático al que las Humanidades están siendo sometidas de manera cotidiana quede sin causa posible. De este comentario se puede extraer, de forma torticera, que hay motivo para esas embestidas por parte de quien ve en los estudios humanísticos algo superficial, no versátil ni útil ni productivo, en este último caso lo más utilizado como arma arrojadiza. En absoluto. Aludo a una realidad tangible que se percibe en los planes de estudio, en las inversiones en investigación y en los esquemas genéricos de difusión de resultados de esa labor. Todos hemos oído o mencionado en algún momento al tiempo de publicar, de referir un destino a nuestro trabajo, o de rellenar cualquier impreso curricular, que está hecho “para Ciencias”. En este marco es donde voy a desenvolver la presente aportación con la meta de mantener y alimentar un debate que ya existe desde hace más de dos décadas, y no con el objetivo de cerrar un capítulo y dar soluciones concretas. No tengo la intención de llevar a cabo un registro exhaustivo de todo lo publicado sobre la actualidad del medievalismo y los medievalistas españoles, sino hacer una selección específica con el objetivo de plantear esa discusión y ese compromiso.

La realidad del actual medievalismo hay que situarla en una fase compleja, pues no cabe duda de que la evolución natural confecciona un contexto cambiante de forma perenne. Las generaciones recuperan cada cierto tiempo la tan manida frase de “después de nosotros no hay nadie”, en un sentido de desesperanza más que de desafío. La explicación puede ser diversa y, posiblemente, vinculada a causas de carácter antropológico, pues la podemos encontrar en todos los campos de conocimiento. Y de la vida. Se puede comprobar en el panorama retratado por G. Navarro Espinach en 2008², donde algunos de los estudiosos mencionados desgraciadamente ya no se encuentran entre nosotros; en ese mismo contexto se incluye un estudio de M. Aurell, aunque con perspectiva paralela al anteriormente citado, pues se centra en las diversas soluciones planteadas por el medievalismo de forma reciente³. En paralelo, C. Villanueva hizo un balance acerca de los participantes en los simposios internacionales de jóvenes medievalistas que organicé durante una década en la ciudad de Lorca (Murcia)⁴; no se incluyen los datos de la última edición, la de 2012, pero es igualmente ilustrativa. En este trabajo, la profesora castellanense recogía las aportaciones de más de sesenta investigadores que han configurado buena parte de las incorporaciones al elenco del medievalismo hispánico de todos estos años. Hoy existe una continuación ya consolidada, tanto por el evento que se ha realizado en la Universidad de

2 G. Navarro Espinach, “¿Quién es quién en el medievalismo español?”, *Imago Temporis*, 2 (2008), pp. 299-298. En realidad, se trata de una prolongación de un estudio previo del mismo autor presentado en colaboración con C. Villanueva y D. González, en “Tendencias historiográficas actuales en el medievalismo académico español”, en I. Sanmartín (coord.), *Historia a debate: actas del III Congreso Internacional “Historia a Debate”, celebrado del 14 al 18 de julio de 2004 en Santiago de Compostela*, vol. II, Vigo, Historia a Debate, 2009, pp. 227-233.

3 M. Aurell, “Tendencias recientes del medievalismo español”, *Memoria y Civilización*, 11 (2008), pp. 63-103.

4 C. Villanueva Morte, “Balance científico de las cinco primeras ediciones del Simposio Internacional de Jóvenes Medievalistas”, en C. Villanueva, D. Reinaldos, J. Maíz e I. Calderón (eds.), *Nuevas investigaciones de jóvenes medievalistas. Lorca 2010*, Murcia, Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Murcia-EDITUM, 2013, pp. 235-267.

Lleida⁵ con similares objetivos a los planteados en Lorca⁶ como, sobre todo, por el congreso internacional que cada año se celebra en Cáceres⁷, cuyos resultados quedan publicados en números especiales de la revista *Roda da Fortuna*⁸; por cierto, en esta edición pasada de 2015, la cuarta, se centró el evento en “Estudiar la Edad Media en el siglo XXI: herencia historiográfica, coyuntura académica y renovación”, y contó con diecinueve aportaciones que esperamos con verdadero interés por el hecho de estar proporcionadas por esos noveles medievalistas. Por lo tanto, no se trata de ser pesimistas en este sentido, sino de observar las transformaciones de nuestra disciplina en el contexto más global de los cambios generales de la sociedad que nos rodea, nos explica, nos mantiene y, por ende, nos exige. No obstante, y remitimos a él con mucho interés, contamos con un estudio más reciente de F. Sabaté donde recopila y reflexiona sobre la actualidad de la disciplina, y que llega a plantear la realidad de un “neomedievalismo” para atender las necesidades de la nueva sociedad⁹. Diferente objetivo es el de plantear la visión que tiene nuestra sociedad del periodo en cuestión, pues nos guiará hacia perspectivas que no son propiamente la meta de estas páginas, pero que no podemos dejar a un lado, pues de esa percepción surge la atracción y/o repulsa (en un sentido muy ciclotímico, y ruego se me disculpe el símil) de la época que nos ocupa. Este fue, por ejemplo, el interés de los organizadores de la última edición, la XXVI en 2015, de la Semana de Estudios Medievales de Nájera, que llevó por título “Una nueva visión de la Edad Media: legado y renovación”, con el deseo de que los ponentes pudiesen ofrecer en sus trabajos las aportaciones en diferentes campos que el conocimiento generado en la Edad Media asentó para el progreso de la civilización occidental¹⁰.

Contamos con diversas monografías, referencias y trabajos en ciernes que nos ayudan a vislumbrar con amplia perspectiva los objetivos de esta aportación. Todas son obras colectivas y, por lo tanto, podemos observar diferentes matices e intereses, diversos objetivos sobre puntos dispares que responden al múltiple reflejo de esa realidad *multimedieval* que tenemos hoy. La primera sobre la que hago hincapié es el fruto de los trabajos presentados en la XXXV Semana de Estudios Medievales celebrada en Estella (Navarra) en el verano de 2008¹¹, donde se plasmaron una serie de estudios conclusivos sobre lo que había sucedido hasta ese momento, como las espléndidas páginas escritas por González Jiménez¹², y acerca de procesos que en ese momento eran ya más que palpables

5 *Winter School Lleida*, realizadas tres ediciones desde 2014. Los resultados del primer año aparecieron en forma de monografía coordinada por J. Brufal i Sucarrat: *Nuevas aportaciones de jóvenes medievalistas. Lleida 2014*, Murcia, Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Murcia, 2014.

6 Los trabajos seleccionados y presentados fueron publicados de manera sucesiva desde 2003 en todas las ediciones celebradas, y se encuentran disponibles en abierto *online* en: www.jovenesmedievalistas.net (Consulta: 8-4-2016).

7 <http://jovenesmedievalistascaceres.jimdo.com> (Consulta: 8-4-2016).

8 www.revistarodadafortuna.com (Consulta: 8-4-2016).

9 F. Sabaté, “Medievalismes actuals”, en F. Sabaté (coord.), *L'Edat Mitjana. Món real i espai imaginat*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2012, pp. 294 y ss.

10 A la espera de que se publiquen los diversos trabajos presentados, el programa completo se puede localizar en http://www.amigosdelahistorianajerillense.com/images/stories/Semanas/XXVI/TripticoXXVISemana_web.pdf (Consulta: 8-4-2016).

11 *La Historia Medieval hoy: percepción académica y percepción social*, XXXV Semana de Estudios Medievales de Estella 2008, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009.

12 M. González Jiménez, “Percepción académica y social de la Edad Media. Un siglo de historia e historiadores”, en *La Historia Medieval hoy...*, pp. 37-62.

desde hacía unos años, como esa “atomización” a la que se refería García de Cortázar¹³. Aparte de otros trabajos, como las reflexiones de un preocupado Carrasco Pérez sobre el medievalismo en un futuro inmediato¹⁴, ha sido para todos muy útil el anexo final, realizado por M. Beroiz Lazcano¹⁵, con una recopilación de los departamentos de Historia Medieval de las universidades españolas y centros de investigación del CSIC, y sus integrantes, donde se incluían también las direcciones de correo electrónico. Es cierto que ya es precisa una actualización, sobre todo en un ámbito tan cambiado en los últimos dos lustros, pero sigue con una gran versatilidad.

La segunda es la que apareció como monografía colectiva y que, bajo el título *L'Edat Mitjana. Món real i espai imaginat*¹⁶, incluye diversos estudios que abordan el fenómeno medieval desde la perspectiva del concepto identitario, desde la lengua¹⁷ hasta los grupos sociales. Por supuesto, también está recogido el panorama gestado por las diferentes sociedades posteriores al Medioevo y la visión que se ha tenido de la época, bajo un epígrafe conjunto que lleva por título “La recreació de la identitat medieval”¹⁸; para estas páginas, nos son de especial interés las aportaciones sobre la recreación en el cine, en las aulas e incluso en la política.

El tercer referente que merece nuestro interés es el resultado de las ponencias de la XXV Semana de Estudios Medievales de Nájera de 2014¹⁹. Con total acierto, la organización consideró realizar el evento con el objetivo puesto en la conmemoración de las aportaciones hechas en todas las ediciones celebradas, y a esta cuestión dedicó nuevamente García de Cortázar unas páginas²⁰ tras el prólogo de la coordinadora de la Semana najerillense, E. López Ojeda. En la publicación se encuentran trabajos desde la perspectiva de la Arqueología

13 J. Á. García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, “Atomización o el regionalismo. La historia *despedazada o invertebrada*”, en *La Historia Medieval hoy...*, pp. 343-380.

14 J. Carrasco Pérez, “La Historia Medieval hoy: un horizonte brumoso e incierto”, en *La Historia Medieval hoy...*, pp. 19-35.

15 M. Beroiz Lazcano, “Profesorado universitario de los cuerpos docentes. Historia Medieval”, en *La Historia Medieval hoy...*, pp. 381-435.

16 Catarroja-Barcelona, Afers, 2012. Véase nota 9. Remito también a la reseña que J. A. Jara Fuente redactó sobre este volumen en el segundo número de esta misma revista, *Vínculos de Historia*, en 2013 (pp. 388-390).

17 Las dos aportaciones se centran en temas muy específicos, por lo que no puede considerarse como un balance o estado de la cuestión genérica: X. Terrado, “Llengua, identitat i territori. La Ribagorça comtal”, pp. 71-78; e I. Montoya, “Llengües en contacte. Diferències lingüístiques i transmissió textual: *El libro de los caballos*”, pp. 79-90.

18 F. Sabaté (coord.), *L'Edat Mitjana...*, pp. 181 y ss.: A. Passola, “Historiografia, referent medieval i pràctica política als segles XVI i XVII”, pp. 183-191; À. Casals, “Pensament i discurs ideològic a l'Edat Moderna”, pp. 193-204; A. Ghanime, “Apunts i reflexions al voltant dels referents medievals en la política catalana de la primera meitat del segle XIX”, pp. 205-215; F. Fontbona, “Neomedievalismes al segle XIX”, pp. 217-225; J. M. Domingo, “Viure de la vida passada. Medievalisme vuitcentista i literatura catalana”, pp. 227-242; A. Puigarnau, “Un cert medievalisme. Cinema artúric i mutació de valors”, pp. 259-268; J. Aurell, “La recreació historiogràfica de l'Edat Mitjana: de la desmitificació humanística a la remitificació postmoderna”, pp. 269-282; A. Colomines, “El relat de la història com a conflicte. Representació del passat i discurs polític”, pp. 307-322.

19 E. López Ojeda (coord.), *Nuevos temas, nuevas perspectivas en Historia Medieval*, XXV Semana de Estudios Medievales de Nájera, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2015.

20 J. Á. García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, “Las Semanas Medievales de Nájera: cinco lustros de difusión del conocimiento del Medioevo”, pp. 17-37. Sus palabras son muy clarificadoras, pues identifica su aportación como puramente de historiador, en contraposición a la de “profetas” (p. 18) que les dedica a sus co-ponentes de evento pues, al fin y al cabo, era una actividad diseñada con el fin de vislumbrar hacia dónde se dirige el medievalismo.

medieval²¹ hasta la Historia de las mujeres²², pasando por la complejidad del entramado socio-institucional en un denso, por excelente, y estimulante estudio de Monsalvo Antón donde reclama la aportación de la antropología a los análisis históricos²³. En este volumen, además, podemos encontrar reflexiones muy inspiradoras sobre la realidad del concepto “memoria histórica” y, si cabe la aportación que me parece más atractiva, su proyección como reto en la disciplina²⁴, además del futuro del medievalismo en el ámbito educativo de los actuales planes de estudio de Secundaria y Primaria²⁵; en este caso, hay que insistir en que es algo que preocupa sobremanera²⁶, o debería hacerlo, a todo el conjunto de los profesionales docentes de todos los niveles ya que de ese contexto dependerá el desarrollo de nuestra actividad. Pongamos un ejemplo: en 1998 se editaron los resultados de un curso de “Actualización científica y didáctica en Historia Medieval”, coordinado por J. Coria²⁷, donde se recogían algunas aportaciones que insistían en ese planteamiento. Desde entonces, es evidente que la situación ha cambiado mucho, sobre todo por la composición de los discentes y sus objetivos, y de los inéditos valores que origina y ha generado el contexto global. Un capítulo específico es el de la conexión de las nuevas herramientas digitales con las Humanidades y, de manera concreta, con la Historia y con el medievalismo. La aportación del propio editor se sumerge en esta cuestión (“el ordenador”)²⁸, así como el de Rueda Fernández²⁹. Pero es precisamente en este ámbito donde más han evolucionado todos los planteamientos, por la sencilla razón de la eclosión de los recursos *online* y de la progresión vertiginosa de esas tecnologías en estos últimos veinte años³⁰. Pero en sentido general, ese mundo ha cambiado casi de forma diaria. En el volumen colectivo coordinado por

21 J. A. Gutiérrez González, “Fuentes materiales: hacia la construcción de un discurso propio. Nuevas perspectivas en arqueología medieval”, pp. 39-58.

22 M. I. del Val Valdivieso, “Mujeres: entre el silencio ¿forzado? y la reivindicación”, pp. 83-104. Este estudio se complementa muy bien con otro que la historiadora vallisoletana realiza en colaboración con D. Peláez Flores, “La Historia de las Mujeres en el siglo XXI a través del estudio de la Reginalidad medieval”, *Revista de Historiografía*, 22 (2015), pp. 101-127.

23 J. M. Monsalvo Antón, “Antropología política e historia: costumbre y derecho; comunidad y poder; aristocracia y parentesco; rituales locales y espacios simbólicos”, pp. 105-157. Viene a plasmar en el plano teórico lo que podemos ver en su otro estudio: “Torres, tierras, linajes. Mentalidad social de los caballeros urbanos y de la élite dirigente en la Salamanca medieval (siglos XIII-XV)”, en J. M. Monsalvo (ed.), *Sociedades urbanas y culturas políticas en la Baja Edad Media castellana*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 165-230.

24 J. M. Nieto Soria, “Memoria histórica: el rescate interesado del pasado”, pp. 159-181.

25 J. Sáiz Serrano, “¿Hay sitio para la Edad Media en las enseñanzas Primaria y Secundaria?”, pp. 183-214. Este autor plantea en otro estudio un reto similar, aunque con el matiz del contenido en sí mismo: “¿Qué historia medieval enseñar y aprender en educación secundaria?”, *Imago Temporis*, 4 (2010), pp. 594-607.

26 A. Echevarría (coord.), *La Historia Medieval en la Enseñanza Secundaria Obligatoria*, Madrid, UNED, 2008. De igual forma, es de gran interés el estudio de A. Luque, “La historia medieval a les escoles: una visió deformada?”, en F. Sabaté (coord.), *L'Edat Mitjana...*, pp. 243-258.

27 J. I. Coria Colino (coord.), *Curso de actualización científica y didáctica en Historia Medieval*, Palencia, MEC-Dirección Provincial de Educación de Palencia-CPR, 1998.

28 J. I. Coria Colino, “Historia e informática. El ordenador como recurso didáctico en las Ciencias Sociales”, pp. 75-99.

29 J. C. Rueda Fernández, “Informática e Historia: posibilidades y límites de un instrumento de trabajo”, pp. 101-131.

30 Un trabajo propio puede ser un buen ejemplo, pues desde que lo redacté en 2009 hasta hoy, algunas conclusiones deben ser matizadas a causa del avance tecnológico, como el uso masivo de los *smartphone* y de las tabletas (J. F. Jiménez Alcázar, “El reto de las tecnologías de la información y comunicación en Humanidades. Medievalismo, medievalistas y el ordenador”, en *El estudiante en el sistema ECTS. Innovaciones docentes para clases teóricas y prácticas*, Granada, Copicentro, 2010, pp. 95-112).

por J. Coria podemos referirnos al planteamiento general de J. Valdeón³¹, o a las reflexiones sobre el uso de las fuentes documentales de F. Ferrero³². En este último caso, hay que compararlo con el trabajo de F. Tinti³³ al respecto del avance en ese tratamiento documental pasados casi tres lustros. “Pares”³⁴, “Hispana”³⁵ o el murciano “Proyecto Carmesí”³⁶ son todo un ejemplo de lo mencionado. Respecto a los cambios enormes, muy palpables, en todos los ámbitos debido al empleo masivo de la tecnología digital, sólo hay que aludir al estudio de J. Maíz Chacón³⁷ en el contexto del evento de Nájera al que hago alusión, y que supone un cambio grande si lo comparamos con otros estudios como los aludidos con anterioridad sobre el medievalismo, o la Historia, y los recursos digitales; el mismo editor de www.medievalismo.org advierte al final de su contribución que se trata simplemente de un escalón más ante la avalancha de lo que se avecina –alude a las “nuevas oportunidades”, por un lado, y a las “nuevas calamidades”, por otro³⁸–, y sus conclusiones las vincula a un “epílogo provisional”³⁹.

La disciplina se enfrenta a diversos frentes abiertos que abordan el interés por la Edad Media desde las más variadas perspectivas. La novela histórica y el género cinematográfico con guión histórico –incluyo en este ámbito a los productos de creación televisiva– cubren una demanda de contenidos sobre el Medievo que los profesionales de la Historia no logramos satisfacer, aunque sí que nos interesa la cuestión, y por ello contamos con estudios que centran su atención precisamente en estos temas, como el de J. E. Ruiz-Domènec⁴⁰ sobre la novela, o de manera más reciente de J. L. Corral⁴¹ que incluye también al cine. G. Navarro también alude a esas cuestiones⁴², aunque desde una perspectiva más concretada en el plano docente.

31 J. Valdeón Baruque, “La Edad Media y la enseñanza de la Historia”, pp. 7-12. Breves páginas pero muy ilustrativas.

32 F. Ferrero Ferrero, “El archivo y la documentación para historiadores”, pp. 13-58.

33 F. Tinti, “Fuentes escritas: transcripción, digitalización, historia social de la escritura”, en E. López Ojeda (ed.), *Nuevos temas, nuevas perspectivas...*, pp. 59-81.

34 <http://pares.mcu.es> (Consulta: 8-4-2016).

35 <http://roai.mcu.es> (Consulta: 8-4-2016).

36 www.regmurcia.com/carmesi (Consulta: 8-4-2016).

37 J. Maíz Chacón, “La Edad Media en la era digital: búsqueda de información, difusión de resultados y nuevas perspectivas”, en E. López Ojeda (ed.), *Nuevos temas, nuevas perspectivas...*, pp. 215-237. La información contenida en sus notas al pie es de gran utilidad para iniciar un acercamiento a los recursos *online* existentes. En este sentido, continúa un proceso que ya anduvieron diversos autores en un monográfico titulado *Pescar o navegar: la Edad Media en la red*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2005. Y entre otros estudios, editados en otros ámbitos, destacamos los siguientes: A. Malalana Ureña, “La Edad Media en la web: fuente de información o desinformación”, *Hispania*, 66 (2006), pp. 59-108; A. Serra i Reguera, “Medieval Internet: research, knowledge and play, the New Time travel”, *Imago Temporis*, 2 (2008), pp. 261-287; J. M. Rodríguez García, “El uso de Internet y los videojuegos en la didáctica de la Historia Medieval”, en A. Echevarría (coord.), *La Historia Medieval en la Enseñanza Secundaria Obligatoria...*, pp. 177-216; I. Mugueta y E. Tobalina, “Medievo digital o Medievo popular. Representaciones sociales de la Edad Media en las comunidades de ‘gamers on line’”, *Miscelánea Medieval Murciana*, 38 (2014), pp. 161-179.

38 J. Maíz Chacón, “La Edad Media...”, p. 236.

39 *Ibidem*.

40 J. E. Ruiz-Domènec, “El poder de la ficción. La Edad Media vista por la novela histórica”, en *La Historia medieval hoy...*, pp. 247-261.

41 J. L. Corral Lafuente, “Novela y cine sobre la Edad Media: versiones abreviadas y discutibles de la historia”, en E. López Ojeda (ed.), *Nuevos temas, nuevas perspectivas...*, pp. 239-262. En la parte final del estudio se halla una buena selección de títulos que abordan ambos temas.

42 G. Navarro Espinach, “Cultura visual y enseñanza de la Historia. La percepción de la Edad Media”, *Educación artística: revista de investigación*, 2 (2011), pp. 153-160.

Existen muchas razones por las que considero que el medievalismo no ha satisfecho hasta ahora esa solicitud de *asuntos del pasado* que nos exige la sociedad, y más adelante aludiré a algunas de ellas. No es precisamente porque la calidad y el rigor científico que buena parte de los medievalistas aplican y generan con sus investigaciones no estén a la altura. Al contrario. En general, supongo que estamos todos de acuerdo en que se hace una ciencia de calidad muy competitiva y que no tiene que envidiar en absoluto a la que nos podemos encontrar fuera de nuestras fronteras. Posiblemente, el problema radique en la manera que tenemos de comunicarnos con esa sociedad que nos demanda contenidos. Se me podrá indicar que debemos combatir la idea de que en la novela y el cine “se aprende Historia medieval”. Y es cierto. Ni la literatura ni el cine se han generado para informar, sino para entretener como productos netos de ocio cultural y artístico que son. Un ejemplo más coetáneo y con toda certeza con mayor impacto en las generaciones más jóvenes es el del inédito canal de comunicación de ocio digital que encarna el videojuego. No es un producto para formar, sino para divertir. Hecha esta precisión, hay que advertir que ya contamos con un espacio concreto en la revista *Imago Temporis* (“The past explained and recreated”), desde su segundo número, que alcanza a encajar esa percepción del pasado medieval en la actualidad a través de diversos abordajes, incluido el cine⁴³, el videojuego, Internet e incluso la visión de esa Edad Media en los siglos posteriores al XVI⁴⁴, más en conexión con los objetivos de la monografía coordinada por F. Sabaté⁴⁵ titulada *L’Edat Mitjana*, aludida al comienzo de esta aportación.

En resumidas cuentas, nos hallamos inmersos en un debate interno muy atractivo donde confluye básicamente la diversidad de perspectivas desde donde observar, analizar, estudiar, comprender, enseñar y aprender Edad Media, y que cuentan con el objetivo final de saber más sobre ese pasado. La historia como ciencia evoluciona, como no podía ser menos, y corresponde ahora abrir un capítulo de ese proceso en el que nos encontramos.

2. EDAD MEDIA Y ACTUALIDAD

Tenemos un estudio al que habría que referirse en todo momento, tanto por la perspectiva de dónde viene el medievalismo como a dónde va. Aludo a las páginas del profesor M. González Jiménez pronunciadas en la mencionada trigésimoquinta semana estellesa⁴⁶, y su discurso es manifiestamente optimista. Su ponderación del gusto por lo medieval por parte de la sociedad que nos rodea es muestra de la “buena salud” que aguarda a la demanda de nuestra disciplina, según sus propias palabras⁴⁷. Insistía en la gran acogida del cine, de la novela histórica y de la proliferación de fiestas y eventos con el trasfondo de celebración histórica, relacionado en todo momento con la labor académica y científica de los profesionales de la Historia. Pero, ante todo, planteaba un desafío para los medievalistas:

43 J. A. Barrio Barrio, “La Edad Media en el cine del siglo XX”, *Medievalismo*, 5 (2005), pp. 241-268; y “La Edad Media en el cine de Estados Unidos”, *Imago Temporis*, 2 (2008), pp. 426-452.

44 R. Bordone, “La lunga sopravvivenza della cavalleria medievale. Un viaggio a ritroso nella cultura e nel gusto dell’Occidente”, *Imago Temporis*, 2 (2008), pp. 537-550.

45 Véase notas 9 y 16.

46 M. González Jiménez, “Percepción académica...”, pp. 37-62.

47 “Hoy, el medievalismo académico goza de muy buena salud, no cabe duda [...]. Más aún, salvados los desequilibrios regionales, la producción historiográfica de nuestro país se ha acercado bastante a la media europea y, en muchos aspectos, es perfectamente homologable con el tipo de historia que llevan a cabo nuestros colegas europeos” (Ibídem, p. 55).

En conclusión, por razones no muy claras, la Edad Media constituye para el hombre de hoy un mundo fascinante y atractivo. Lo que no impide que, al mismo tiempo, se sigan manejando en el lenguaje diario expresiones referentes a la imagen de atraso, barbarie y oscuridad que de esta etapa histórica nos legaran los hombres del Renacimiento y de la Ilustración. Es muy poco lo que podemos hacer contra esos tópicos y otros más concretos y familiares, como el de la convivencia entre moros, cristianos y judíos en la España de las Tres Culturas, señal evidente –y no lo digo para desanimar a nadie– del poco caso que se nos hace. Pero si la denuncia procede de un novelista de fama, el mensaje llega a la gente y se acepta sin grandes dificultades. “Contra la estupidez, hasta los dioses luchan en vano”, escribió Schiller. Pero no nos dejemos llevar por la fatalidad ni echemos la culpa a otros. Pensemos, más bien, que es posible que los historiadores tengamos un problema de comunicación. Si así fuere, deberíamos preocuparnos; porque si no conseguimos, en mayor o menor medida, llegar a nuestros conciudadanos, entonces ¿para quién escribimos?⁴⁸

Tomemos estas palabras del historiador sevillano como punto de partida. Para quienes tenemos la profesión de historiador, independientemente de si se trata de medievalistas, modernistas o de cualquier divisa peculiar que nos queramos poner, la raíz de todo el conflicto se encuentra en la forma de cubrir una demanda de “pasado” que la sociedad actual reclama de forma incansable y consume de manera voraz. Los diversos matices que contiene el sustantivo “conflicto” pueden dirigir este debate hacia derroteros de posiciones encontradas, pero en realidad nos quedamos con la cuarta acepción que especifica el *Diccionario de la Lengua Española*, como problema, cuestión y materia de discusión. Ha lugar la utilización de ese término por el posicionamiento que, de partida, tiene plantear las diferentes soluciones recogidas en los últimos años por instituciones (organizaciones de eventos, fundaciones, asociaciones, instituciones docentes, centros de estudios...) e individuos (historiadores y consumidores de Historia). Sabedores de que los científicos no somos quienes sufragamos ni financiamos la Ciencia, y conscientes de que el mecenazgo (público o privado) es básico para un desarrollo sostenido de la actividad científica, nos hacemos fuertes en nuestro punto de partida, cada uno el que haya elegido por convicción o por conveniencia, para defender lo que consideramos una actividad, la nuestra, fundamental para el progreso de la sociedad. Si nosotros lo tenemos claro, ¿qué falla para que los demás no lo perciban así? Alardeamos de rigor y sobriedad académica y científica; y no es ningún acto reprochable, pues en España se hace buena, muy buena ciencia histórica, sin duda. Nuestro pecado radica en esa brecha que nos separa de nuestros lectores, de nuestro público, que ha de ser en un principio el compuesto por la comunidad científica, pero que no se debe de cerrar ni circunscribir a ella en exclusiva: sí, hablo de “clientes potenciales”, de “consumidores de Historia”. Se me acusará, seguramente, de haber utilizado la palabra maldita y mercantil en el ámbito de las Humanidades, pero nadie escribe Ciencia para sí. Y si es así, no me viene a la cabeza hecho más inútil y absurdo. Es ese “¿para quién escribimos?” escrito por González Jiménez. De esta manera, hay que partir de la noción que la sociedad tiene de nuestra disciplina para comprender si los esfuerzos notables que se han hecho por exponer los avances y realidades efectuados desde el medievalismo han sido vanos, o simplemente atendían a un fenómeno de autocomplacencia.

Centrados en el medievalismo y en los medievalistas, los contenidos han venido marcados por el periodo cronológico que se ha convenido en definir como medieval, una etapa de contornos imprecisos, pero con un núcleo grueso de iconografía fácilmente

48 *Ibíd.*, pp. 55-56.

identificable por el conjunto social. Ese es el éxito de la Edad Media, incluso como mundo onírico, fantástico, folclórico o de referencia iconográfica identitaria. En todo el entorno occidental, el Medievo ha encontrado su mitificación desde el mismo momento en que se quería legitimar cualquier situación y, por lo tanto, el Romanticismo, el nacionalismo decimonónico y el regionalismo y localismo consiguiente, encontraron un caldo de cultivo excepcional para la recuperación de ese pasado, tanto en su faceta más sobria como conocimiento de épocas pretéritas y su interpretación, como en la de tergiversación y manipulación para aviesas o traviesas actividades: la expresión artística reflejó este proceso como pocos⁴⁹. Desde entonces, y con altibajos constantes, la Edad Media se ha acercado a la sociedad de muchas y diversas formas. A lo largo del último siglo, la recuperación de mitos, personajes y generación de naciones enteras, comenzando por el propio concepto *Europa*, ha repercutido en que en la actualidad el *hecho medieval*, por definirlo de forma específica, posea para los usuarios una imagen poliédrica, sumergida entre la realidad y la ficción. El cine, la novela y los diversos productos fruto del fenómeno *crossmedia*, como diversas series televisivas de éxito mundial, han abundado en este proceso de definición y concreción, tanto en su sentido más histórico como legendario. No dejaría de tener mayor interés para los especialistas si el ámbito de repercusión fuese reducido o limitado a determinado grupo social. Lo más interesante es que no es así: el impacto sobre el conjunto de la sociedad es brutal debido a la revolución de las comunicaciones, de forma que la dirección y asiento de los contenidos históricos comienzan a tener una incidencia que solo el medio plazo será capaz de vislumbrar, aunque con un mínimo espíritu especulativo no es difícil imaginar. El potencial es enorme, debido sobre todo a la cercanía con la que las nuevas generaciones⁵⁰ asumen el discurso visual⁵¹; de hecho, lo asumen como propio en contraposición a quienes componemos las anteriores.

En todo este contexto hay una gran novedad. Me refiero a la irrupción del nuevo canal de comunicación y de cultura que supone la aplicación de la tecnología digital al ámbito del ocio: hablamos de los videojuegos. Cómo no, dirá más de uno; pues sí, es un medio que ha llegado para quedarse. Junto al cine, la novela y las aludidas series de televisión, y la tradicional historia oral, las eternas representaciones gráficas en pintura y grupos escultóricos y determinadas obras teatrales, muchos títulos de videojuegos tienen su guión basado en el pasado medieval⁵². Desde los primeros años del siglo XXI, las aulas de la Enseñanza Secundaria están plagadas de verdaderos “expertos” en Historia medieval y, por supuesto, casi ninguno se formará como historiador profesional por la simple y muy diversa salida ocupacional. Las razones de ese número no se hallan en las estanterías de las librerías o en los caladeros de descarga de libros digitales, sino en esos productos de ocio cultural masivo. Y la prolongación de su interés se podrá encontrar en dos puntos básicos:

49 F. Fontbona, “Neomedievalismes...”, pp. 217-225.

50 R. Morduchowicz, *La generación multimedia. Significados, consumos y prácticas culturales de los jóvenes*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

51 G. Navarro Espinach insiste en un trabajo inédito (“Educación para la diversidad sexual: imágenes de la Edad Media”) que aparecerá en *Metodos Visuais & Cultura das Imagens* (coordinado por B. Dias, en la Universidade da Brasília), en las enormes posibilidades para una formación adecuada de conceptos y valores basados en la igualdad a través de la iconografía medieval y de su reflejo en el ámbito de la cinematografía para los alumnos de todos los niveles educativos. Agradezco al autor que me haya facilitado el original aún en prensa.

52 La realidad de los videojuegos con guión histórico es un hecho ya muy consolidado y asentado en el mercado, aunque en estos momentos hacemos mención en exclusiva a los vinculados al periodo medieval. Sobre esta cuestión, véase los diversos estudios propios que se pueden consultar en www.historiayvideojuegos.com (Consulta: 8-4-2016).

en el de la preferencia específica, y que si lo concretamos mucho ofrece como resultado el fenómeno *fan*⁵³, y en que muchas de estas personas seguirán inmersas como usuarios de esos elementos: lectores, telespectadores, videojugadores, internautas... y lo que nos queda por ver, oír y vivir. Eso sí: permanecerán en las atractivas redes que el Medievo tejió durante esos años de formación y que serán los consumidores básicos del producto cultural surgido de nuestras investigaciones. Como reflejo más evidente de lo dicho, basta con hacer una prueba en cualquier aula ya no de Secundaria, sino de Grado de Historia, y preguntar quién decidió estudiar esta carrera universitaria a partir de los videojuegos. Ahí dejo el reto, pero no debe de sorprender la respuesta en un buen número de casos.

Hoy por hoy, la diversidad de contenidos de Historia centrados en el período medieval que nos demandan, tiene diferentes expresiones que responden a las apetencias de esos *clientes* a los que me he referido; insisto: usuarios, público, espectadores... Esa especificidad en la denominación del consumidor de Historia medieval, y que no se corresponde con el profesional medievalista, tiene lógica en el marco de una múltiple posibilidad de espacios desde donde se nutre esa demanda. Puede que se me indique que insisto en plantear el conjunto de la cuestión desde una perspectiva mercantil; es cierto. Pero en absoluto desestimo algo que sinceramente considero básico para nuestra profesión, y es la realización de ciencia histórica *per se*, y que tiene sentido en sí misma como actividad del conocimiento. En esa mixtura de posiciones es donde nos desenvolvemos con nuestra labor debajo del brazo, en un inestable y cambiante contexto en el que vivimos. Hacer el don Tancredo, permítaseme la expresión taurina, no nos evitará la embestida del toro-mundo exterior. Solo nos restará lamernos las heridas, lamentarnos, autocomplacernos envueltos en nuestra propia soberbia (muy universitaria, eso sí), pero enterrados, y proyectando imágenes como las que podemos ver en los túmulos de los profesores bolonios medievales, abrazados a libros de piedra que nadie puede leer.

Nuestra labor es tan importante como la que más, de ahí que el compromiso sea aún mayor con la profesión y con la disciplina. Devolvamos a la sociedad todo aquello que ya nos da al permitirnos la dedicación a lo que nos apasiona. Nos debemos a ella, y cualquier posicionamiento contrario incurrirá en la automarginación identificada más con un esnobismo que con una presunta defensa de la dignidad profesional. Hablar, escribir y comunicar con lenguajes crípticos puede ser achacado o bien a una maniobra consciente, o inconsciente, de envolver con eufemismos innecesarios nuestro discurso con el objetivo de parecer más interesantes o, peor aún, más complejos, o bien a la incapacidad para hacerlo de otra forma. Quien nos rodea nos pide, nos ruega, nos exige más bien, soluciones, y no complicaciones. Uno de los caracteres que define con precisión nuestro mundo actual es el de la comunicación directa, y la globalidad es su base. Si nuestro discurso se dirige enteramente al entorno más inmediato, la sociedad nos acabará por arrinconar y buscará en otro lugar esas salidas. ¿Marginados? Pues sí, ¿o acaso alguien duda de que con los actuales diseños de planificación investigadora no lo estamos ya? La ciudadanía se merece, y por lo tanto es nuestra obligación como investigadores de Humanidades, que no le demos la espalda y que reaccionemos, cada uno a su manera, siempre con la guía presente de no perder el horizonte de la calidad científica y caer en el discurso fácil y burdo. Si hacemos Ciencia de calidad, pues demostrémoslo. En sí, ya es un reto.

53 B. Abad Ruiz, "Transmedia y fenómeno fan: la co-creación en el mundo del videojuego", en J. F. Jiménez, I. Mugueta y G. Rodríguez (eds.), *Historia y videojuegos: el impacto de los nuevos medios de ocio sobre el conocimiento del pasado medieval*, Murcia, Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Murcia, 2016, pp. 9-21.

Por lo tanto, no se trata ahora de insistir una y otra vez en lo mismo en lo que nos hemos desenvuelto años y años, sino en plantear nuevas vías de comunicación y canales de expresión sin menosprecio de lo que hay y de lo que está por venir. Hablamos una y otra vez de nuevas tecnologías. *Quem ad finem sese effrenata iactabit audacia?*, por aludir a una frase de Cicerón de las dedicadas a Catilina menos conocida, pero que es igualmente útil. Esa *audacia desenfrenada* ha de acabar por el bien de todos, y para cerrar de una vez por todas la brecha docente que puede generarse no sólo en las aulas sino en la demanda del conjunto social. Si no cubrimos esa solicitud y ese conjunto social no la halla en nuestra labor, buscará soluciones en otros lugares. No planteo un discurso radical como el desafiante de J. L. Corral, que alude, literalmente, a si la Historia interesa a los historiadores, o si “están interesados el poder y los historiadores en que la gente sepa y acceda al conocimiento de la Historia”⁵⁴; sospecho que el profesor aragonés lo escribió para provocar un debate o movilizar de algún modo a ese don Tancredo. Sus conclusiones son las mismas que las planteadas por González Jiménez, anteriormente mencionadas, y es el deber de “acercar la Historia a la gente”⁵⁵.

La pregunta de si la sociedad “aprende” Historia medieval en las novelas, el cine o los videojuegos se responde en sí misma desde el momento en que hay que recordar e insistir en que son productos hechos para el ocio. No pretenden “enseñar”, sino entretener. Otra cosa diferente es la enorme posibilidad abierta de aproximar, de sugerir, de plantear contenidos históricos para nutrir poco a poco esa demanda permanente de asuntos del pasado. El reciente fallecimiento de Umberto Eco debe contribuir a sostener esta idea. Nadie discute que obras como la suya acercaron al gran público al periodo medieval. Si en 1945 se abrió una nueva Era, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que fue así por cuanto la Humanidad fue consciente de que podía autodestruirse, hoy es evidente que asistimos a otra diferente, la Era digital, con nuevos conceptos de ver y entenderlo todo, donde la comunicación es instantánea, la información masiva y los contenidos accesibles como nunca. Seamos generosos y sensatos, y respondamos a la sociedad con lo que se nos demanda, que no es otra cosa que realizar nuestra labor con criterios de calidad científica y comunicativa, sin que la una perjudique ni se anteponga a la otra, pues son elementos necesariamente complementarios. Nos situamos como inmigrantes en un universo de nativos digitales, que por naturaleza son el futuro. Si no reaccionamos y continuamos con la idea fija y sostenida de que no se puede hacer nada, o de que nada nos corresponde hacer pues ya interpretamos nuestro papel de forma adecuada (“que se muevan otros”, actualizando las palabras de Unamuno), tenemos el riesgo evidente de no caer, sí, pero de morir de pie, como los árboles de Alejandro Casona.

54 J. L. Corral Lafuente, “Novela y cine...”, p. 257. Insiste en este estudio en los planteamientos ya expuestos por el mismo autor en “La Historia Medieval en España: una reflexión a comienzos de siglo XXI”, *Imago Temporis*, 3 (2009), pp. 408-417.

55 J. L. Corral Lafuente, “Novela y cine...”, p. 258.